

En busca de la felicidad perdida

Juan Carlos Abril (Universidad de Lausana)

[Cuéllar, Margarito (2013). *Las edades felices*, Prólogo de Luis Alberto de Cuenca, Madrid-Monterrey: Hiperión-UANL].

En 2013 apareció en España, publicado por la madrileña Hiperión en coedición con la Universidad Autónoma de Nuevo León, *Las edades felices*, del mexicano Margarito Cuéllar (Ciudad del Maíz, San Luis Potosí, 1956, aunque radicado en Monterrey), un libro muy cercano —por el tono y la forma— a cierta poesía que se ha practicado en España durante las últimas décadas. Me refiero a la poesía de la experiencia. Sin querer aplicarle del todo este expediente, pero sin querer obviarlo, se trata de una poesía que puede rastrearse a un lado y otro del Atlántico y que viene desde Garcilaso hasta hoy, que relata una historia y que se centra en una anécdota generalmente, para acercarnos algún tipo de argumento, en muchos casos referido a la moralidad, esto es que puede ser amoral, pero sobre todo in-moral. La vida y nuestras costumbres fundan una moral, nunca al revés, y aquí se trata precisamente de otra forma de mirar la vida respecto a las convenciones imperantes. La felicidad es un fin ético por el cual no hay que dar explicaciones a nadie, y mucho menos de tipo moral.

Dividido en cinco partes equilibradas en su extensión, a saber: "Cuadernos del insomne", "Picnic", "La vida de un instante", "Las edades felices" y "Balas perdidas", llama la atención la factura bien hecha de los poemas, aunque con ciertas concesiones que otorgan a esta poesía suficiente singularidad y entidad. Aún así, resalta el poema borgiano y la concepción poemática en torno a la página, el texto como elemento que vehicula el sentido, ya que no hay excesos verbales en ningún caso, sino que todo está encajado en la creación de sentido en torno a esa idea principal que va uniendo los diferentes campos semánticos de los poemas, los poemas, las partes que integran al libro, y el libro mismo.

Nada más abrir el libro se presenta el sujeto que recorre los poemas, un insomne que se pregunta por su propia identidad en "Mudanzas" (16), y que opta por fundar la propia ciudad que es, al fin y al cabo, fundar el propio "País" (17), un país que se resume en un dístico: "Estamos nerviosos por la situación de la patria / y a diario dañamos la capa protectora de los sueños" (Ibíd.). La relación que se establece con un sujeto de herencia kafkiano que escribe "al derecho y al revés" (de "Cuadernos del

señor K" (18), y que posee una biblioteca donde "No hay libros, sólo contenedores de sueños / manuscritos sobre barras de hielo / obras selectas del fuego, antologías del aire." (de "Bibliotecas", 21), viene a ser el resto, ya que este sujeto se convierte en una extensión de una preocupación por la existencia a través de la reflexión lingüística: "El sermón de las momias" (39), o "De cómo me convertí en momia y todo lo demás" (41), entre otros, podrían certificarlo.

Destaca el carácter epigramático del libro, y como tal, un poso de humor cortante a veces incisivo, de reflexión moral, de felicidad o amargura —su reverso— que va tiñendo los textos de vida cotidiana y gravedad. Tanto para celebrar el amor como para no creérselo, al mejor estilo de Marcial, Margarito Cuéllar crea un personaje femenino que recorre las páginas de todo el libro, llamado Bellota: "Bellota tiene un empleo temporal, yo un ocio eterno. / El amor tiene pechos pequeños; le avergüenzan; a mí me encantan. / Dos ciruelas; caben en una mano: sustentables, jugosas. / Lleva botas de cuero: quiere domarme o que la lleve al circo. / El corazón acelera su paso. / Es la parte del rompecabezas que falta para saltar en un pie." (de "Música concreta", 56). Incisivo, decía, e incluso canino, porque Sócrates en este poemario no es sino el nombre del perro, y ese fiel amigo va acercándonos un buen puñado de verdades: "La felicidad no cabe en una casa de empeño / ni en la caja de seguridad de un banco / ni en el rubor de la tarde anaranjada. / Sócrates da un mordisco a mi felicidad; / la felicidad no es asunto tuyo, ladro / y se va moviendo la cola con un gesto feroz." (de "La felicidad", 28). "Sócrates no es un mal tipo. / No negocia con anfetaminas. / No corta cabezas / ni acosa a la mujer del vecino. / Sus ladridos, preguntas que nadie responde; / para eso está Dios, el Papa, el presidente / la policía, la sociedad protectora de filósofos." (de "Sócrates", 39).

Pero *Las edades felices* posee su centro precisamente en la felicidad, que no puede ser completa, por esa misma razón por la que el traje que nos viste no lleva nuestro apellido (41), y que sin embargo se sabe apreciar cuando aparece, dado que esos momentos felices escasean y estamos rodeados de sombras: "Diviértete, guarda tus diplomas, alquila una chica joven / con las bragas chiquitas y la sonrisa puesta; / desnúdala con paciencia y hagan el amor / con fiebre y desesperación sobre los billetes nuevos. / Repite la operación todas las noches. / El amor da fuerzas y un poco de felicidad no estorba." (de "Empleos", 27). Fruto de esas sombras, planea una conciencia de la muerte, o una muerte en el fondo de muchos poemas que incomoda al lector, interpelándolo. Y por eso se nos advierte que desconfiemos, como en "Ensayo general" (61), un poema que bien podría ser un resumen final del libro, de esa última parte en la que se nos exhorta a vivir en un *carpe diem* casi desaforado: "Hablo de tiempos luminosos, cuando las únicas guerras eran las del amor." (de "Concierto", 65).

Luis Alberto de Cuenca, quien con cariño y generosidad prologa el libro, dice que "Leer a Margarito, a cualquier edad, desde cualquier rincón en que la lengua española imponga su austero frenesí y su rudeza delicadísima, con aves o sin aves en lontananza, es una fiesta

del lenguaje en la que se levantan arquitecturas efímeras de palabras hermosas en honor a la vida. Algo que tiene que ver con la felicidad que produce en el lector adicto su torrencera salvífica, el vendaval ingobernable de sus versos." (9). Qué mejor manera de resumir la poesía de *Las edades felices*, un libro que no pasará desapercibido para los lectores de poesía españoles, y que recomendamos vivamente.